

Simplemente María

1.

—¡Br-r-eznev!, ¡Br-r-eznev!, Br-r-eznev, —en voz baja, pero esforzándose trataba de pronunciar la mujer ya anciana. Ella estaba sentada en el primer asiento de un viejo autobús, con su rostro dirigido hacia la ventanilla, y todo el tiempo repetía el apellido del Secretario General del Partido Comunista. Ella no repetía simplemente, sino que cada vez con una nueva entonación, acompañando esas palabras con un movimiento reiterado de su mano y el dedo índice indicando hacia adelante. Lo hacía como si fuese que con una aguja punzaba a alguien. Ella no miraba a los demás pasajeros, los cuales por su parte trataban de no prestarle atención, fingiendo que no la oían. Cinco minutos antes de llegar a la parada final, el autobús comúnmente frenaba su marcha y el conductor abría la puerta para dejar salir a la mujer desconocida. Después de descender, ella se quedaba parada en la acera cubierta de nieve, como si estuviese esperando algo en la madrugada oscura y fría de invierno, y continuaba su persistente monólogo. Los pasajeros restantes, fijándose por la ventanilla, la seguían con una mirada lastimosa.

Todo eso se reiteraba de día en día. El autobús no era de fabricación húngara, sino rusa, producido en la ciudad de Lvov. Por eso en invierno en ese autobús no hacía frío, aunque se sentía en su interior el olor a gasolina. Desde las cinco de la mañana ese autobús hacía su recorrido y levantaba a los trabajadores de la planta

avícola. Siempre en un mismo lugar, la anciana “rayada” junto con un grupo de pasajeros se subía al autobús y, después de veinte minutos, se levantaba muy segura y caminaba hacia la salida del mismo. Ya todos estaban acostumbrados a ella como si fuese a la sirena de la planta. Comenzaba el turno matinal, y de todo eso la gente se olvidaba.

La sección de faenamamiento de la planta avícola estaba a cargo de Ekaterina Pavlovna Nelídova. En el centésimo aniversario de la fecha de nacimiento de Vladimir Ilich Lenin, en diciembre de 1970, nació su hija. Ella la nombró María. Ekaterina Nelídova con frecuencia solía decir después, en presencia de los hombres, que ese era su regalo para el aniversario de Ilich. En estos casos ella hacía de cuenta que, supuestamente, el regalo estaba vinculado sin saber con quien.

En aquel entonces por la televisión y la radio con mayor frecuencia se citaba a otro Ilich. Ekaterina Pavlovna no tenía marido. De modo que María se criaba sin padre.

La madre con su hijita vivían en condiciones materiales muy humildes, en una casa de dos pisos, donde vivían en total cinco familias, en las afueras de Leningrado, en el poblado Gorélovo. María se levantaba sola cada mañana, se alistaba y luego se dirigía a la escuela. Cuando terminaban las clases ella regresaba a la casa y preparaba el almuerzo. Su madre volvía a casa muy tarde de noche. Después de cumplido su turno laboral ella tenía que entrar al almacén para comprar productos comestibles.

Debido al cansancio y los nervios pasados durante el día, apenas si alcanzaba a comer un poco de lo que había cocinado su hija, y después de dar una mirada a los cuadernos de María y su libreta de anotaciones diarias, y también de dar algunas indicaciones, se iba a dormir.

En la planta avícola siempre faltaba mano de obra. Para poder cubrir esta falta en la producción de siete mil cabezas de aves por día y, además, para ganarse un dinero adicional, la jefa de sección, durante el período de vacaciones de la escuela, llevaba al trabajo a María y a sus amigas. Ellas, al tomar el autobús, durante 20 minutos observaban de reojo a la viejita “rayada”. Después de llegar a la sección de trabajo, se ponían unos gorritos de polietileno de un intenso color verde, guardapolvos blancos, delantales de hule, también se ponían guantes de goma verdes como los gorritos, luego llevaban tenedores especiales para quitar las vísceras de los pollos y comenzaban a faenar las aves. Primero les cortaban la cabeza y luego procedían a quitarles las vísceras.

Lo único de bueno y positivo que la hija heredó de su madre era la habilidad de costurera. María habilidosamente podía confeccionar pantalones, vestidos para dama, camisas, etc. Además ese tipo de trabajo le generaba mucha satisfacción. De cualquier manera, eso no se parecía a una cubeta llena de vísceras de pollos faenados.

Después de finalizar el octavo grado en la escuela primaria, María Nelídova ingresó en la escuela técnica de industria ligera, en Leningrado, y después de transcurridos dos años ella ya estaba en condiciones de diseñar modelos nuevos y confeccionar los más variados tipos de prendas. En especial lograba hacer moldes complejos de prendas, sabía bordar con los diversos modelos de máquinas de coser de industria nacional y extranjera. Después que María finalizó sus estudios en la escuela técnica, de inmediato la tomaron para trabajar en una cooperativa. Allí ella no desperdiciaba su tiempo en vano, muy pronto se ganó mucha clientela. Comenzó a tener buenos ingresos. María renovó su guardarropa, con sus amigas con frecuencia iban a los cines. A ella le gustaba ver películas sobre travesías y

trotamundos, especialmente sobre viajes hacia los países lejanos, como, por ejemplo, América del Sur. Ella siempre repetía las estrofas de una canción popular: “¿Lograré ver el lejano Brasil, Brasil, Brasil, podré ver Brasil, antes que lleguen los días de mi vejez?”

Cuando María cumplió sus 18 años, su madre falleció de cáncer. La vivienda que la empresa le cedió a su madre, se la quitaron.

María Nelídova llegó a un acuerdo con sus amigas, lo que le permitía quedarse a dormir casi cada noche en un nuevo lugar, y ella en forma constante repetía una sentencia propia: “Me gusta una lagartija caimán, que vive en las Amazonas, como ella no vivo en un mismo lugar”.

Al principio le gustaba ese tipo de vida “romántica”. María solía decir a las amigas: “Se puede vivir incluso en una tapera, ¿Y porqué no? No tengo padres, tampoco tengo vivienda. Pero por eso ya tengo pasaporte, ya puedo ir a votar. ¡Esto es la libertad!”. Pero en la realidad, el boletín para votar no le dieron, ya que para eso había que recibir el registro de residencia. Es que en la vivienda anterior se lo anularon, y ella no podía conseguir un nuevo registro de residencia por falta de vivienda fija, por lo tanto las autoridades le negaron la formalización necesaria.

En la década de los años 1990 esa situación ya le disgustaba mucho, y debido a que no tenía otra salida, ella resolvió juntarse con un muchacho de nombre Ignacio, un comerciante principiante. El muchacho impresionaba ser mediocre y poco atractivo. Tenía los cabellos cortos, era casi calvo, pero tenía dinero. En la escuela estudiaba mal, pero por eso se dedicaba al negocio especulativo: con los extranjeros conseguía goma masticable y después la vendía a sus coetáneos, cobrándoles un rublo por cada tabletita. De modo que, aparentemente, el aprendió a comerciar desde temprana edad.

2.

He aquí que la vida de María se convirtió de inmediato en un torrente impetuoso e incontrolable. Por momentos tenía mucho dinero, y en otros momentos no tenía un céntimo. Ocurría que todos quienes la rodeaban se alegraban y se divertían como podían, otras veces se escondían de los prestamistas y callejaban pálidos y abatidos. Mayormente permanecían en silencio y reunían lo más imprescindible en sus bolsos, es decir, ropas interiores, deportivas y zapatillas. Eso les serviría en casos de prisión cuando no resultara sostener la amistad con el Estado, o en casos que tengan que ir al bajofondo, cuando se necesite ocultarse de los bandidos y acreedores.

Al comienzo del verano del año 1992, les tocó la suerte de comprar a mitad de precio un contenedor de latas de café soluble procedente de Israel. Los grandes frascos celestes, un poco golpeados y con letras rojas en hebreo, se vendieron "volando". La gente los compraba sin preguntar por qué las latas estaban dañadas, pues las letras hebraicas les agradaba. Ignacio consiguió comprar ese café a mitad de precio. De inmediato se les levantó el ánimo y resolvieron hacer un viaje al exterior. Es decir, resolvieron ir a París. ¿A qué otro lugar podrían ir que no sea París? Se fueron a una agencia de turismo, encargaron pasajes de avión y reservaron dos habitaciones en un hotel de dos estrellas, el más barato que había en Monmartre. Una habitación era para Ignacio y María, y la otra para los amigos socios. Además, los funcionarios de la agencia les convencieron a que compren tres excursiones por la ciudad de París.

Estando ya en París, caminaban por la ciudad con la cual hace mucho todos ellos soñaban. Ninguno de ellos conocía idiomas, no tenían estudios finalizados, eran en extremo muy simples y sin picardías, todo eso estaba bien escrito en sus rostros. ¿Es incomprensible cómo personas

de este tipo pueden moverse en el ámbito comercial?! Después de haberse cargado con toda clase de pequeñeces en sus bolsos de mano en el comercio denominado Taty, situado en la plaza de La República, se subieron a un barquito y se pusieron a mirar por los costados y escuchar al guía turístico. Miraron a su derecha y vieron la Isla Cité y la Catedral de la Virgen Santísima de París. Recordaron el viejo film francés sobre Quasimodo, con Gina Lollobrigida... Después el Río Sena giraba hacia la izquierda y a la derecha apareció la Plaza de la Conciliación. Desde ésta hasta la Plaza de la Estrella se veían los Campos Eliseos. Por cierto, dicha avenida se extendía totalmente hacia el otro lado, alejándose del barquito. Ante el puente de Alejandro III, a la izquierda, estaba el Edificio de los Inválidos. ¿Por qué de los inválidos? María no pudo entender nada. Allí estaba sepultado Napoleón, ¡pero si que él no era inválido! Allí, como si fuera especialmente, colocaron el corazón de ese mismo mariscal Grouchy, el cual no fue en ayuda de Napoleón, y, como resultado, Napoleón fue derrotado. Esto todos lo sabían por el film "Waterloo". Pero, además, vieron el enorme Campo de Marte, detrás del cual se encontraba el edificio de la UNESCO y las torres redondas de La Conciergerie, donde estaba sentada María Antonieta esperando el momento de su decapitación...

Todo lo que ellos habían escuchado se les borró de la cabeza muy rápido. Después salieron a la costa cerca del puente de Jena. Allí muy cerca se veía la altísima Torre de Eiffel, muy iluminada, a la cual suelen denominar como el inmueble más caro del mundo. Cerca del puente les mostraron en el río un lugar donde varios años estaba anclada una barcaza muy vistosa, en la cual vivía un tal Pierre Richard o Alain Delon. La guía misma no sabía con exactitud. A "Alaincito", por cierto, sí que lo recordaban todos y por eso de inmediato se reanimaron. María no era una excepción. Ese tipo de morenos con

finos rasgos del rostro y con ojos celestes a ella le gustaban. ¡No era para menos!

María e Ignacio no se subieron a la torre, pues sentían necesidad de comer algo. Ellos se separaron de sus amigos y, sin pensar mucho, entraron en la primera cafetería que vieron a su paso. Tomaron asiento, el mozo les pasó el menú, comenzaron a mirar todo lo que estaba escrito en idioma extranjero y no entendían nada. Los primeros dos días ellos comían en los lugares donde en el menú, al costado de la denominación de las comidas por escrito, se adjuntaban fotografías. Pero aquí no había nada parecido. ¡Lo que indicaba que se habían clavado! Sumado a eso, perdieron la excursión a la torre, construida con remaches, y les representó una pérdida de veinte dólares. Quedaron apesadumbrados, sintieron en el alma un profundo disgusto. El camarero varias veces pasó disimuladamente cerca de ellos para darse cuenta si ya habían elegido o no algo.

El joven comerciante de Rusia no aguantó más y, cuando el camarero con su uniforme rojo y blanco pasó por sucesiva vez cerca de su mesa, demostrando toda su dignidad, levantó la cabeza, fijó su mirada rigurosa en el camarero y mirándole directamente en la boca, en forma sonora repitió lo mismo: "Ñam-ñam, ñam-ñam, ñam-ñam..." Además, para no aparecer una persona muy limitada, pronunciaba todo eso con distinta entonación e inclinando la cabeza.

Hay que reconocerle la paciencia al personal de la cafetería, que ya estaban preparados a todas las posibles circunstancias y a los gustos de los turistas de Rusia. El mozo les sirvió sopa de cebolla en pequeños platos hondos, después costillitas de cordero con salsa y arvejas, y al final, una cazuela con mejillones bien calientes. Ellos consideraron que era sabroso ese plato y que se llevaban un buen recuerdo. Pan no les sirvieron. ¡Que hacer, no todo resulta perfecto!; ¡Se acordaron del vino, pero resolvieron, que el tren ya se fue! La excursión a la torre ya finalizó. A todo el grupo le quedaba ir a la última excursión.

sión, a Sacré-Cœur que se veía a un costado blanquecino sobre toda la ciudad de París.

Todos estaban cansados. Se cansaron de caminar por los museos, escuchar al guía con sus relatos sobre la historia francesa, sobre Napoleon, Danton, y Mirabeau... También se cansaron de comer la misma comida todos los días. A Ignacio ya le tentaba regresar a casa. El preferiría disfrutar del campo libre, preparar broquetas de carne, saborear arenques con cebollita, acompañandolas con vodka. Le gustaba estar acompañado por amigos con guitarra, y al final, le apasionaba jugar unas partidas a las cartas... María al contrario, hasta ese momento nunca conoció museos, todo lo nuevo recibía con pasión, absorbía todo como una esponja. Quería que alguien le pudiese contar si al final ¿encontraron o no al piloto francés perdido? Ella incluso recordaba el nombre completo del autor de la obra "El pequeño príncipe": ¡Antoine Marie Jean-Baptiste Roger de Saint-Exupéry! además le habría gustado quedarse a mirar la sala de Louvre, donde ella había visto un cuadro, en el cual una mujer se deleita con el juego de los niños en el jardín..." ¡Que lindo sería tener una vida así!" —pensó María, y muy pensativa, se detuvo.

Ignacio la tomó de la mano y la alejó del cuadro de Rafael. Es que había que alcanzar a los amigos, y María de nuevo se sumergió en una agria realidad. Uno de su grupo vomitó directamente en el piso de la sala donde se encontraba el hermoso cuadro con la Gioconda. Es que por la noche habían estado jugando a las cartas y bebieron más de la cuenta. Toda la gente, se conduce como gente. ¡Y qué hay si estamos borrachos, es decir, si no estábamos sobrios! Las entradas las pagamos, todos caminaban parejo, tratando de no balancearse mucho, solamente miraban de manera rara y curiosa por los costados. Y ese "toro grande" no sabía conducirse como gente normal.

De inmediato apareció una mujer con un guardapolvo blanco, guantes de goma puestos y con un carrito espe-

cial. De una caja con orificios ella dispersó sobre el piso aserrín fino, y sin prestarle atención a los turistas que le circundaban, con una escoba juntó en una palita niquelada y brillante el “desayuno” del colega de Ignacio durante el juego de cartas, luego volcó todo en un baldecito rojo de plástico y se retiró.

Por más que María insistente trataba de convencer a su concubino Ignacio, nada conseguía. El se quedó en el hotel los tres días que les quedaban antes de regresar, e incluso no le dejaba a María salir a ningún lado para que no gastase el dinero en vano. Eso, sin dudas, le amargaba mucho. Es que después de cierto tiempo ella desearía llevar a Ignacio al Brasil. Eso sin falta lo haría. Ella había visto en una película que en la cuenca del Amazonas habitaban grandes lagartijas caiman que se tragaban conchas. Y al parecer, éstas podrían contener perlas.

—¡Qué tonta eres! —asi directamente reaccionó sobre sus sueños una vecina en el autobús.— ¿Para que necesitas la lagartija? Pues que tu concubino te regale perlas finas, sin tener que buscar lagartos. ¿Para qué necesitas un lagarto? ¿Qué harás con él después? Además, ¿cómo lo llevarías? ¡Estás loca!, ¡Realmente, un problemón!

En la habitación donde se hospedaban María e Ignacio se reunían por las noches todos los amigos de los negocios. Cierta vez hasta tarde se quedaron tomando cerveza y jugando a las cartas, llenando de humo la habitación. De pronto notaron que el humo se extendía por sobre un hermoso diván. Uno de ellos se apresuró hacer su jugada y por descuido tiró al diván un cigarrillo encendido. Ahora en ese lugar quedó un agujero del tamaño de un platillo. Todos se amargaron y de inmediato se les pasó la ebriedad. Sabían con seguridad que les cobrarían por haber dañado el diván, pero el dinero ya se les estaba acabando. Entonces uno de ellos propuso tapar ese agujero con una almohada, otros proponían comprar una especie de manta y cubrir el daño

realizado. Pero María asombró a todos con su ingeniosa propuesta y convicción.

—¡Bien, haremos lo siguiente! ¡Escúchenme bien! Vayan a un comercio de ferretería, compren un serrucho y bolsas de polietileno para la ropa. Levantaremos el volumen del televisor con un programa de Rock de ellos, serruchamos el diván en pequeños pedacitos y en un día sacaremos afuera toda esa basura, después todo quedará como si nada había pasado.

Los comerciantes, vaya saber por qué, se alinearon en fila, sacaron sus cabezas hacia adelante con los cigarrillos puestos en la boca y escuchaban las “ordenes”.

—Tú encontrarás un lugar adecuado para volcar la basura. —María encomendó esa tarea a Ignacio.— Allí habrá que volcar todo el contenido, pero las bolsas de nuevo tienen que traer a la habitación. —María con insistencia metía en la cabeza de los jugadores a las cartas, las simples funciones que cada uno debería cumplir.

Después de esas instrucciones comenzó el ajetreo. Las bolsas las cargaban con ropas y sacaban del hotel, o por lo menos las sacaban al otro piso, para que la sirvienta viera en ellas la ropa. Y entre las idas “vacías”, en iguales bolsas sacaban los trozos del diván cortado.

Al día siguiente entró la sirvienta. Dio un vistazo a toda la habitación y lanzó un alarido, por cierto, en francés. Vino la guardiana de la portería y del susto comenzó a hablar casi en ruso. “¿Dónde está el diván?” —preguntó ella. Por cierto, respecto a las toallas que faltaban, ya estaban acostumbrados pues casi todos los visitantes de Rusia se las llevaban, como así también ocurría lo mismo con las zapatillas, el champú y las cajitas que contenían agujas e hilos... ¡Pero que desaparezca todo un diván entero!

Ignacio no pudo evitar una burla ofensiva. El se acercó muy cerca a la sirvienta, se dio vuelta de espaldas hacia ella, se inclinó mostrándole el trasero y golpeó con la palma de su mano su redonda nalga.

La expresividad del gesto fue fulminante. Las dos damas francesas se asustaron muy en serio y de inmediato abandonaron la habitación.

De este modo finalizó el encuentro de María con la ciudad de París, con el arte europeo y con su visita al extranjero. Y, probablemente, esa era su última visita en general al exterior. Ocurrió que Ignacio estaba muy disgustado: es que se perdió mucho tiempo. Hubiera sido mejor ingeniarse para comprar y vender alguna cosa, en lugar de perder el tiempo allí mirando las sepulturas y los edificios.

3.

El apartamento en Leningrado, que Ignacio compró después del negocio rápido y rendidor con el café soluble de Israel, le servía al mismo tiempo de vivienda, oficina y local para las negociaciones. El teléfono, instalado en el corredor, atendía una joven secretaria con diploma de haber finalizado la carrera de filología en la Universidad, ella con alegría respondía a las llamadas telefónicas:

—Sí, responde el Estado Mayor de Denikin, le escucho atentamente, ¿Quién? Un minuto...

—Termina de hablar tonterías, —le interrumpía Ignacio.— No se encuentra nadie en la oficina. ¿Entendido? Todos los llamados telefónicos anótalos y no digas nada más.

De todos modos, la secretaria no podía abstenerse y ya la próxima vez volvía a responder al teléfono con alguna otra barbaridad, del tipo como sigue: “Estado Mayor del comando de caballería”, o este otro: “Centro comercial Fresas salvajes del Camarada Bergman”.

Se aproximaba el Año Nuevo, pero la champaña de producción húngara tardaba en llegar. Practicamente todo el dinero lo invirtieron en la compra de champaña marca “Madame de Pompadour”. Menos mal que

habían contratado un camión con refrigerador pagando dos mil dólares. Otra gente por poco dinero, casi regalado, contrataron camiones comunes con techo de lona impermeable. Ahora para ellos ya les daba lo mismo. Cuando los camiones bajaron de los cerros Tatra, a consecuencia del cambio de presión, se cortaron los cuellos de las botellas, lo cual daba la impresión que los húsares se dieron un festejón. Pero, no obstante todavía habría que desaduanar la mercadería, descargarla y repartirla por los puntos comerciales.

No obstante, todos ya comprendían que se habían clavado con la compra de esa champaña. Resultó que no habían previsto antes que después del 31 de diciembre esa mercadería ya no la necesitaría nadie. Quizás, los únicos que podrían comprar serían los aristócratas o los degenerados, como muy claramente se expresó un artista popular en el film “La mano con brillantes”. Bueno, aristócratas por ahora no los hay, pero degenerados había a montones... ¡La única esperanza estaba en éstos últimos...!

La bebida gasificada les llegó justamente antes de Año Nuevo. Los comercios ya no querían recibir, entonces resolvieron llevar a un depósito. Pero, como les quedaba poco dinero, tuvieron que llevar la bebida a un depósito que no se calefaccionaba en invierno. El depósito prácticamente estaba vacío, sólo había un poco de tablas y diversos materiales de construcción, pero ahora ya se sumaban las cajas con champaña. ¡Resolvieron que para venderlo habría que esperar la fecha del 8 de marzo —Jornada Internacional de Mujer! Para su desgracia, en febrero hizo un frío de 25 grados bajo cero. El guardia del depósito llamó a la “oficina” y pidió que escucharan el ruido por el auricular del teléfono. En el mismo se oían claramente los estallidos frecuentes.

—Esas explosiones son producidas por las botellas de champaña... ¿Hola? ¿Me escucha?... ¡Hola! , ¿Qué hacer?— gritaba en el otro extremo el guardián del depósito.

María de nuevo fue la primera en reaccionar. Ella le arrancó el auricular de teléfono de las manos de su desafortunado maridito y comenzó a dar órdenes precisas:

—Quema las tablas que tienes allí en el depósito. Además, allí tienes también polietileno en rollos grandes. Es necesario con ese polietileno tapar por arriba todas las cajas. Dónde quieras, pero consigue urgente un ventilador y en caso de que no lo consigas, tu personalmente con tus propias manos envía el humo por debajo del polietileno...

En general, María era una mujer decisiva. Eso ya lo experimentaron todos en su propia piel. En primer lugar, era la amiga del socio principal. En segundo lugar, ella realmente a menudo sabía dar indicaciones justas, aunque en realidad no estaba en el tema.

Explotó aproximadamente una tercera parte de la mercadería. En las botellas que quedaron enteras, se formó en el fondo de las mismas una especie de sedimento, lo cual sería un grave obstáculo para poder vender.

¡Aquí de nuevo María intervino! ¡Ella actuó como un genio! Propuso llevar todas las botellas que quedaron a los restaurantes y cafeterías, ofreciéndoles a mitad de precio.

—¡Exacto! Allí cuando sirven la chamapaña en las copas —de inmediato se ingenió la secretaria—, generalmente envuelven la botella con una toallita blanca, para no derramar la bebida por fuera de la copa, también para que la mano no sienta frío y además, para recoger las gotitas del cuello de la botella.

Reaccionando como a una orden, todos giraron sus cabezas dirigiendo las miradas hacia la “filóloga oficial”. En las miradas de los socios comerciantes se vislumbraba un aspecto intermedio entre admiración y respeto. Todos ellos siempre consideraron que el camarero con la toallita limpiaba la mesa... o las manos.

En uno de los días durante las fuertes heladas de febrero, Ignacio regresó a su casa ensombrecido y muy preocupado.

—María, para nosotros todo está terminado.

Por el rostro totalmente blanco de Ignacio, María dedujo que los negocios de su concubino cayeron en total desgracia y que había que irse de allí, en caso contrario los podrían acuchillar a todos... Sin embargo, Ignacio seguía murmurando toda clase de tonterías imposibles de comprender. María le requirió que volviera a contarle todo con detalles desde el comienzo.

—El corazón impulsa la sangre por el lado derecho del cuerpo, y hacia el lado izquierdo ya no le alcanza fuerza, —en forma silábica, con dificultad le explicó Ignacio.

—¿Cómo?

—He estado hoy en el depósito... ¡Allí hacía un frío ferroz! Me puse el abrigo de pieles, botas de invierno. De inmediato noté que en todo el cuerpo sentía calor, pero del lado izquierdo, sentía frío.

—¿Eso me lo dices a mí? Pero qué tonto eres Ignacio, y eso que te compraste el diploma. Yo te decía que no compres el gamulán en el mercado árabe. No me hiciste caso, mezquinabas pagar un poco más, y ahora aguántate. ¡Vaya teoría la tuya: al corazón no le alcanzaba fuerza para impulsar sangre! ¡Dámelo!

María tomó el nuevito abrigo de color marrón, comprado en París, le dio vuelta al reverso y se echó a reír. Una manga, precisamente la del lado izquierdo, estaba confeccionada sin piel natural. Tenía algo parecido a piel, y nada más.

El tiempo pasaba, pero el bienestar material del joven comerciante y sus colegas no cambiaba para mejor. María cada vez con mayor frecuencia comenzaba a recordar el museo de Louvre, el hermoso cuadro con niños pequeños, cuadro que le generaba tranquilidad espiritual. Había que hacer algo. Tendrá que buscar ella misma la forma

de conseguir dinero, ya que Ignacio era tan ignorante y no se daba mañas para ganarse el dinero. El atractivo de María por el joven Ignacio, quien al comienzo aparentaba ser un exitoso empresario, se desmoronaba cada vez más y más con cada día que pasaba.

Al cabo de un mes, para cubrir las deudas, tuvieron que entregar el apartamento y mudarse a una vivienda comunal. La secretaria del “Centro comercial Fresas salvajes” renunció a su puesto de trabajo. Ellos no tenían camas, solamente catres plegadizos, las bolsas con la ropa no estaban desempaquetadas. Ignacio venía a la casa por un minuto o dos, aturdido, ocultándose permanentemente de los acreedores, lo cual agobiaba a cualquiera. “Yo no estoy. Despacho metales a Bélgica” —muy de seguido escuchaba de él María. Después Ignacio desaparecía por una semana más. Después más y más aún...

“Bien, para mí basta —se dijo con firmeza María—. Ya estoy más que saturada. Tengo que deshacerme de este estilo de vida. En caso contrario, comenzarán a exigirme el pago de sus deudas. Ya que él no quiere que tengamos hijos, ya que no puede ir conmigo a Brasil, y en forma permanente debe dinero a mucha gente...” Ella se amargó muchísimo, su alma quedó apenada hasta lo imposible, por todo eso y mucho más, María resolvió separarse de Ignacio.

4.

El tren “San Petersburgo—Varsovia” arribó exactamente acorde al horario. Del vagón cupé descendieron unas 40 personas con bolsos, baúles y maletas. Cuatro muchachas jóvenes que, por lo visto, se conocieron todavía en el tren, se agruparon a un costado del torrente de pasajeros que avanzaba. Todas ellas llegaron para trabajar en las cercanías de la ciudad Varsovia, en calidad de empleadas domésticas e institutrices, según avisos que

encontraron en los diarios y aquí ahora esperaban a la persona que las recibiría.

Sin mucho tardar, apareció una mujer de edad avanzada, vestida con abrigo largo de color gris, bastante usado y no acorde a la temporada. Bajo ese abrigo se veían varias faldas de seda de colores distintos, botas brillosas de color marrón, que muy ajustadamente le cubrían las piernas gordas y torpes. La vieja sostenía en sus manos un palo con un cartelito blanco, donde con dificultad se podía leer el nombre de la firma que las recibía, además, porque estaba escrito en idioma ruso con un marcador de color azul de trazo grueso.

—¿Están reunidas todas de este vagón?— fue lo primero que oyeron de ella las muchachas. Su voz era gruesa y vibrante, debido a un resfrío crónico. No obstante, la abuela hablaba en idioma ruso sin acento extranjero. —¿Tiene que haber otras dos chicas más? ¿Se han perdido en el trayecto? ¡Ahora hay que buscarlas! —dijo evidenciando un mal estado de ánimo—. El automóvil no va a esperar. No esperará...

Ella, enfadada, dijo algo más en polaco, se agitó, movió con la mano y lentamente se dirigió con su camada hacia la salida de la estación de trenes. Las muchachas caminaban en silencio, mirándose unas a las otras, encojiéndose de hombros como si respondieran unas a las otras que con nadie más se encontraron viajando de San Petersburgo, que venían sólo ellas y nadie más.

María Nelídova aún en el vagón se había conquistado respeto. Les servirían té en vasos. El té en saquitos era de buena calidad. Todas ellas viajaban en un mismo camarote. Por las localidades en el tren pagaba la compañía intermediaria que las recibía. Antes de la última estación del tren, María se acercó a la camarera del vagón tratando de averiguar aunque fuera algo útil. Se enteró que, cada semana, muchachas jóvenes como ellas, viajaban en grupitos para trabajar en Polonia. Especial-

mente en los dos últimos meses comenzaron a viajar con frecuencia. Pero, aclaró la camarera, que ella no vio que regresaran de vuelta. ¿Quizás, de a una? Pero en grupo, no, no vio ni una sola vez.

Cerca de la estación, a un costado en un pasaje, las esperaba un microbús. Las muchachas se sentaron contentas y el microbús se puso en marcha. Pero viajaron no muy lejos.

Después de media hora todas bajaron del vehículo, se llevaron sus bolsos y junto con la vieja se dirigieron hacia un furgón grande, más bien, hacia un refrigerador. María comenzó a sospechar algo desagradable, tomó con la mano a su vecina y la llevó hacia un costado. Hasta el bosque quedaban unos quince pasos. Ese bosque no era como el ruso. Diablos, vaya a saber, a lo mejor tendría unos cien metros...

En un instante, del enorme refrigerador saltaron seis hombres fornidos. Ellos volcaron a las muchachas al suelo, les ataron las manos a la espalda, les pusieron mordazas, después las arrastraron y las metieron en el refrigerador, las tiraron al piso y las taparon con colchonetas. Las puertas metálicas gofradas se cerraron. Después ya no entraba ni luz, ni aire en el interior. Los hombres colocaron un precinto de plomo con sello en la puerta cerrada y se subieron en dos coches. El refrigerador comenzó lentamente a tomar velocidad. Por delante quedaba un largo camino por recorrer.

Ellos transitaron por todo el territorio de Polonia, parte del territorio de Alemania y Holanda. Se detenían en las aduanas. En los puestos aduaneros controlaban solamente la integridad del precinto en la puerta, firmaban los documentos y después el refrigerador con "carne congelada" continuaba su trayecto acorde con la factura. En definitiva, se detuvieron solamente al cabo de 24 horas en la costa de uno de los numerosos canales, a cinco kilómetros de Amsterdam, Reino de Holanda.

En los alrededores había un bosque enclenque, ningún tipo de viviendas y tampoco caminos. En la costa estaba amarrada una barcaza con techo cerrado. Allí merodeaban una decena de vigilantes con uniforme negro, con armas y cachiporras. Al lado estaban parados dos microbuses, iguales a los de Varsovia.

—¡Otra vez mojadas las colchonetas, miserables! Para vosotras nunca alcanzan—, les gritó en ruso uno de los guardias que subió al furgón, cuyas puertas acababan de abrir. Con los pies pateaba los cuerpos maniatados de las indefensas mujeres, controlaba si están vivas o no, después llamó en ayuda a otro guardia. Juntos levantaron a una “bestia humana”, agarrándola de los pies y las manos, luego la tiraron al suelo. El cuerpo cayó, la muchacha se movió y echó un gemido. Llegaron dos tipos más y la llevaron al interior de la barcaza. Después del furgón “voló” el siguiente cuerpo, después el siguiente...

La nueva partida de muchachas volvió en sí en la bodega de la barcaza. Todas desnudas, con una mano atada con soga al respaldo de las camas. Además de ellas, allí habían otras diez muchachas que soñaban con ganar rápidamente mucho dinero. Al lado de cada una de ellas había un tacho y una jarra con agua proveniente del canal. Si desean, pueden beberla; si prefieren, pueden lavarse; y si quieren, pueden orinar también allí. ¡Pueden hacer lo que quieran! Ni bien lograron recobrar el sentido, a la bodega entraron unos veinte hombres. No eran los guardianes. Todos vestidos de manera distinta. Probablemente eran obreros locales o inmigrantes. Muchos de ellos hablaban en un mal ruso. Así comenzó la “faena”...

Resistirse no tenía sentido, incluso era imposible. Todas las posiciones estaban bien pensadas y calculadas; cada tres horas desataban la mano atada y ligaban la otra; el agua de los tachos la echaban afuera y cada tanto agregaban agua en las jarras. A veces, para la noche, a las mujeres las tapaban con sábanas sucias. Por la ma-

ñana, todo comenzaba “de nuevo”. Cada día ese tipo de “visitas” se repetía de cuatro a cinco veces. Eso les daba a los dueños del “negocio” un ingreso aproximado de cinco mil dólares diarios. ¡Equivalente a ciento cincuenta mil dólares mensuales de una sola barcaza, la cual no se trasladaba a ninguna parte! ¿Y cuántos clientes había en la circunscripción: árabes, negros, trabajadores de Asia? Mujeres alcanzarán para todos.

María comprendió todo todavía estando en Polonia, al ver el furgón. Lo importante era saber ¿dónde ellas se encontraban? ¿Qué sería de ellas después? Estaba bien claro que eran vivos testigos del rapto y esclavitud en el centro de la denominada Europa civilizada. De ellas después tendrán que deshacerse, ¿Pero cómo? Con toda la fuerza de su imaginación María no podía concebir un final afortunado. Lo único que le restaba era esperar. Sufrir y seguir esperando.

A la que se resistía y obstaculizaba “satisfacer las necesidades naturales”, la pegaban despiadadamente. Al principio, en presencia de todas, la próxima vez la sacaban afuera. Desde allí también se oía durante largo tiempo los gritos de la desgraciada, y al final, la misma era llevada vaya saber a dónde. En el lugar liberado, aparecía una nuevita. Después del primer “castigo”, de inmediato aparecieron las que se ofrecieron a informar a los guardianes sobre cualquier intento de huida.

A María le quedó la costumbre de su madre —fallecida prematuramente y quién le había enseñado coser—, de usar un trapito muy fino en el cuello a modo de adorno. Ese trapito no le quitaron. Incluso parece que ni lo notaron. Sin embargo, en ese trapito había un bolsillito con aguja e hilos, además el hilo estaba marcado con nuditos en tramos de veinte centímetros.

Llegaba a su fin un mes de martirios. María ya comprendió qué harían con ellas después. Porque más de un mes las mujeres no aguantaban y se enfermaban. Y, para

evitar infecciones, a las muchachas simplemente las llevaban y, por lo visto, las ahogaban en alguna parte del canal. María aprendió a atraer de cada partida al que le parecía más limpio. Eso de alguna manera mermaba el riesgo de contagiarse. Mientras tanto, todo transcurría de modo satisfactorio, si es que allí había lugar para ese tipo de palabra.

Cierto día ella le pidió al hombre de turno, trasladarla a otra cama libre junto a la ventanilla. Ese tipo durante un largo rato trató de desatarla, después la volvió a atar, pero ahora María estaba muy cerca de la luz y podía ver qué pasaba afuera. Por la noche ella midió con el hilo el diámetro del orificio de la ventanilla. ¡Que bueno! Ella con seguridad podrá pasar. Se necesitaba conocer poca cosa: qué pasaba detrás de la ventanilla. A dónde ir y en qué ropa.

Todo eso correspondía hacer sin esperar mucho. Todavía no estaba claro qué actitud adoptarían los guardianes locales al hecho de haberla trasladado a la otra cama. María comenzó a romper con la aguja la soga en la mano izquierda. Ella lo hacía con mucho cuidado, hilito tras hilito. Al cabo de dos horas ya fue suficiente con dar un tirón, y la soga se rompió en pedazos. Con esa misma aguja empezó a romper en tiras la colchoneta, después con esas tiras mal o bien logró coser una bombacha y una camiseta. El hilo terminó justo en la última puntada de la costura.

En el interior de la barcaza estaba oscuro. El guardián salió de la bodega, seguramente, para ir al baño. Todos alrededor dormían. María rápidamente, sin intercambiar ni una sola palabra con nadie, se levantó, con la mano se arrimó a la ventanilla, giró la traba, y la ventanilla de salvación se abrió hacia afuera. Ella se levantó de puntillas, después con el pie pisó el borde de rollo de las sogas y se salió hasta la cintura por la ventanilla. Le quedaba solamente deslizarse hacia abajo, agarrándose con las manos de la borda áspera y despintada.

5.

Se iniciaba el día Primero de mayo. La fiesta de solidaridad de los trabajadores de todo el planeta. Chisporroteaban los grillos y croaban las ranas, había muchos mosquitos. ¡Qué raro! Allí adentro de la “cloaca”, ella no los oía. Sin embargo, aquí en libertad, los mismos comenzaron a molestar, a zumbar, picar y perseguir.

A la sección policial María Nelídova iba a la ventura, sin saber la dirección, caminaba a través del parque por senderos de grava fina. De tanto en tanto se veían faroles económicos con luces tenues. Los pies descalzos, lastimados con las afiladas piedritas. Aunque no se veía sangre, las plantas de los pies estaban abigarradas de rasgaduras. Todo el cuerpo le dolía. En el parque por donde le tocó caminar, de tanto en tanto se topaba con hombres y mujeres que deambulaban con insólitos ropajes o con capas hechas con plumas de aves tropicales. Llevaban en las manos molinillos de papel color anaranjado. En sus rostros pintarrajeados se leía una indiferencia total. Daba la impresión de que estaban ebrios o dopados. Algunos de ellos directamente en el camino hacían sus necesidades fisiológicas. María que caminaba descalza, muy desaseada, en bombacha y camiseta con franjas, se parecía a una prisionera de un campo de exterminio, y no se distinguía en nada sobre el fondo de ese día festivo Primero de mayo. Los holandeses de estatura alta, parecidos a payasos en zancos, le miraban de arriba abajo. Todos eran totalmente indiferentes a todo.

Cerca del amanecer, detrás de una fila de árboles al fin comenzaban a aparecer casas de ladrillos con techos altos, pasaban unos que otros coches. Justo junto al parque apareció una casa de un piso. Sus ventanas estaban iluminadas con luz amarilla, cerca había muchos coches con largos faroles de señales —instalados

a través de todo el techo— y con la palabra “Politie” en las puertas. María se detuvo. Ella tenía ganas de entrar adentro, caer en el suelo y gritar. Gritar con todas sus fuerzas, golpear con los puños contra el piso. Los últimos árboles del parque no muy grande la separaban aún de la sección policial. Ella ya se aprestaba a salir del escondite, cuando al lado de la entrada, bruscamente frenó el conocido microbús estropeado y destrozado. Del mismo salieron tres guardianes en uniformes negros. Seguros, como a su propia casa, entraron en la sección policial. María se puso tensa y se volvió atrás, después se dio vuelta y, con todas las fuerzas de sus pies, se alejó de allí.

El día anterior en Holanda celebraron el cumpleaños de la Reina. Hoy se festejaban el Primero de mayo. ¿Y qué será mañana? En la mente de María predominaba una sola idea: llegar corriendo a un lugar donde haya gente y caer al suelo en algún lado... Aunque fuera en un almacén, aunque fuera...

En Amsterdam en las mañanas de mayo, el día clarea temprano. A esas horas en las periferías de la ciudad casi no hay gente. Es muy raro ver un automóvil pasando el semáforo centellante, un tranvía sin pasajeros yendo silencioso en algún lugar apartado, una bicicleta con un bolso en el portaequipaje corriendo por un sendero especial. Los dueños de pequeños almacenes levantan las pesadas cortinas metálicas para mostrar sus coloridas vitrinas con comestibles, ropas y toda clase de artículos para el hogar, colocados desordenadamente en los estantes iluminados.

Después del primer fracaso con la policía, María Nelídova por mucho tiempo no se podía tranquilizar. Ella se encerró en una cabina con baño cerca de la calle, apagó la luz y, temblando de frío o de miedo, por primera vez sintió con agudeza su desamparo. ¿Qué hacer más adelante? ¿A dónde ir? ¿A casa de quién? Le estaba

claro que era un riesgo llegar a una tienda o a una casa particular. No conocía el idioma, sin documentos, tampoco tenía ropa. Directamente no la entenderían o, lo que sería aún peor, la gente pensaría que se vino así mal vestida para pedir comida. En la policía lógicamente la atenderían, pero con toda seguridad la meterían detrás de las rejas. Luego verían qué hacer, pero también podría ocurrir que la echaran de allí, para no ocuparse con inmigrantes ilegales. O vaya a saber, quizás todos estén atados por una misma soga, cómo ocurrió en aquella sección policial cerca del parque...

Lo más desagradable era que se perdía un tiempo valioso. Esas bestias podrían desaparecer de allí junto con su barcaza. Es que, a los que ella había visto cerca del edificio de la policía, no aparecieron por allí por mera casualidad: de seguro habrán levantado alarma y la estarán buscando por toda la ciudad.

Sólo esa noche, cuando pasaba a través del parque, María comprendió que ella no se encontraba en Polonia e incluso en Alemania, sino en Holanda. Ella no sabía inglés y menos aún ese idioma... graznaban como gansos, que no se entendía nada. ¡Qué bien que no se metió en alguna casa ajena! Le contaron una vez que en Holanda en general no soportaban ningún tipo de infracciones a las normas. Todo lo que difiere de las normas comunes, era contraproducente. En todas partes y en todo. En la manera de conducirse, en el trabajo, incluso en las ventanas sin cortinas de las casas de vivienda.

Pero lo principal era otra cosa. Primero de todo era necesario aplacar el ardiente deseo de castigo inmediato a todos sus ofensores. ¡Esto no se da con rapidez! Y mucho menos en un país ajeno. ¡No era el momento de relajarse! Nada terminó, por ahora. En cualquier momento la podrían encontrar y arrestarla. Entonces, ¿qué hacer? Dejar pasar las cosas. Perderse en algún

lado... Vestirse y luego ir a buscar justicia. Es decir, vestirse... y bañarse. ¿Bañarse? ¡Exacto! ¿Dónde aquí podrá haber saunas?

Habiendo agarrado una botella de un litro, vacía y de color anaranjado, María echó a correr descalza por la calle. Corría rápido y agitaba con la botella de Fanta, procurando parecerse a aquellos hombres y mujeres pintarrajados que no hacía mucho había visto en el parque.

6.

Después de correr dos o tres cuadras, en la pared de una casa ella advirtió la conocida palabra "Sauna". Esa palabra es reconocible en cualquiera de los idiomas.

Todavía era temprano. No obstante, para los "gritones" holandeses todas las cosas no son como acostumbra otra gente —se acordó María—, probablemente a la sauna también iban a cualquier hora y en cualquier día.

Después de atravesar un alto cerco de arbustos espinosos de agracejo, toda rasguñada, se encontró en una plaza bajo cielo abierto, donde en un largo travesaño colgaban barriles de madera con agua. Los mismos se podía volcar con sólo dar un tirón a la soga. Por todas partes, como en un jardín, crecían plantas de jinebro. Los caminitos de piedra plana conducían directamente desde el cerco hasta la sala de dónde, sobre el aire matinal fresco, llegaban blancas nubes de vapor. Era necesario tomar un poco de calor y fijarse dónde estaban colocados los objetos. Hacía falta comprender cuándo fue abierta la sauna, para luego darse cuenta cuándo habría que retirarse. El propio local con las cabinas de saunas estaba separado por una puerta de vidrio. Adentro no se veía nada, todo era un denso vapor. María por fin se quitó las ropitas con franjas, las que le salvaron en su momento, al tacto entró en uno de los compartimientos, resultando al fin en una sauna turca.

Cinco personas, mujeres y hombres, desnudos y en silencio estaban sentados en asientos cálidos de mármol. En el cielo raso alumbraban pequeñas lamparitas azules, como si fuese el cielo estrellado. En la entrada, en ganchos de madera estaban colgadas sábanas blancas y batas de colores distintos. María estaba tentada al comienzo a llevarse una bata calentita de terciopelo... Por primera vez en el último mes ella quería ponerse alguna ropa que no se pareciera a la bombachita y camiseta a rayas que se confeccionó ella misma. ¡Pero no, no era posible! Todavía no era el momento oportuno. Ella se cubrió con una sábana ajena y pasó a otra sala, dónde en el centro ardía una chimenea. Alrededor estaban dispuestas las reposaderas con frazadas muy suaves de lana. A lo largo de la pared estaban dispuestos estantes de vidrio con fruta, jugos y distintas ensaladas. Se podía comer todo a gusto. María comió lo suficiente y se acostó a dormir. Las leñas chisporroteaban agradablemente en la chimenea, de la cual se expandía en todas las direcciones el acariciante calor. Ella se durmió en un instante.

Después de unas dos horas, cuando el cerebro exitado se calmó y era posible razonar tranquilamente, María se despertó y bastante rápido imaginó qué era lo que podía hacer en adelante. Robarse la ropa e ir a buscar... a los competidores legales de esa maldita barcaza.

No resultó tan simple llevarse la ropa ajena. Los armarios metálicos, dónde guardaban la ropa quitada los usuarios de la sauna, se cerraban con una llave magnética. La misma se parecía a un pequeño reloj pulsera que cada uno llevaba puesto en la mano. No era suficiente con que esa llavecita habría que quitarle a alguno, pues a la salida habría que arrimarla a un dispositivo para que la lea. En ese caso inmediatamente determinarán si el poseedor usó servicios pagos adicionales, por ejemplo, si concurrió al restaurante o se hizo masaje. Si se valió de tales servicios, entonces

habrá que pagarlos. Sin averiguar el conjunto de artificios contra robos, se podría caer en la trampa sin haber iniciado la lucha por el triunfo de la justicia. Naturalmente, también se podría romper con algún objeto la puertita del armario para la ropa, pero entonces habrá que salir por el mismo camino, o sea, a través del cerco con espinas... Pero María eso no deseaba hacer. Quizás porque ella allí gozó del calor y la limpieza. Además, no se justificaba atraer la atención de nadie.

Ella recorrió los pasillos, se fijó en el salón de masajes, en la peluquería, entró en una habitación sin cartelito en la puerta. Resultó ser una sala grande con estanterías a lo largo de la pared, con una sola lamparita de turno en el cielo raso. ¡Era todo un depósito! Allí había de todo, champú, gel, aguas de colonia, cosméticos, batas aterciopeladas de diversos colores... En los rincones estaba colgada en ganchitos metálicos simples la ropa de alguien, probablemente, del personal de la sauna. Detrás de las canastas con sábanas y batas, se veía otra puerta. María Nelídova con cuidado entreabrió esa puerta y vio el vestíbulo de la sauna donde los concurrentes pagaban la entrada, codificaban sus llavecitas magnéticas y donde funcionaban varios butiques con ropa interior y ropas deportivas. Aquí se podría entremezclar con los holandeses tambaleantes que resolvieron lavarse por fin los colores anaranjados de fiesta, tan actuales en el día anterior, que cubrían espesamente sus cuerpos.

Habiéndose puesto ropas ajenas y llevándose un frasco de champú y otro de gel para ducha, María Nelídova se dirigió con paso firme a la salida, abandonó la sauna y salió a buscar el llamado barrio de los faroles rojos. Ella no dudaba ni un instante, a pesar de no saber el idioma local, ni el inglés, que logrará contar toda su historia, y lo principal, que podrá convencer a alguien para ir junto con ella a la policía.

7.

María logró encontrar sin dificultad el más grande prostíbulo en Amsterdam. Todos los turistas extranjeros concurrían solamente a ese lugar. Es así que junto con ellos fue a la calle De Ballen. Allí, a lo largo del primer piso iluminaban varios centenares de ventanas rojas. Aunque por el momento no había nadie en su interior. En el fondo de la cuadra, en una pesada puerta de madera bajo un arca, había un papel pegado con chinches, en el cual estaba escrito, "Administratie". María entró, la escalera que conducía hacia arriba era tan vertical que, al subir, al mismo tiempo había que apoyarse con las manos en el escalón siguiente. En el segundo piso había una sola puerta totalmente abierta. En una habitación saturada de humo, había tres hombres. Dos de ellos roncaban vestidos y tirados en los divanes. El otro, con gafas y cabellos negros y largos, estaba sentado a la mesa y anotaba algo en un registro. Al lado, en un platillo había un trozo de aromático tocino saladillo cortado en pedacitos y también pan negro fresco.

A esa "oficina" entraban cada día tantas mujeres de todo tipo, que los hombres que se encontraban en ella estaban acostumbrados a toda clase de alteraciones de las normas. Pero esta vez, al ver entrar una maravillosa dama, el muchacho rompió a reír a carcajadas, con lo cual interrumpió los dulces sueños de los otros. Éstos se movieron una y otra vez, expresaron algo ininteligible y volvieron a dormirse.

En la puerta estaba parada una persona joven muy simpática, con pantalones negros muy anchos, parecidos a un pantalón afollado, remangados casi hasta las rodillas, y en la cintura ajustados por un cinturón ancho. Por encima de una camiseta verde, con unas letras torcidas de color anaranjado, llevaba una chaqueta frambuesa de hombre, sin botones y anchísima en los hombros.

En los pies sin medias, llevaba zapatos con tacos gruesos y altos. Un quepis marrón inclinado hacia un costado, como tortilla aplastada, colocado en una cabecita muy simpática con largos cabellos claros. Se podría pensar que vino un payaso de un circo, si no fuera por su rostro agradable con ojos celestes y cabellera brillante que en forma ondulada caía en sus hombros. No obstante, de la mujer llegaba el aroma de un perfume caro. Ella entró segura en la habitación, hizo un gesto con la mano como indicando que el muchacho no se levantara (aunque él ni tenía la intención de levantarse), miró a los costados, vio un sillón roto de cuero en el rincón de la habitación y se sentó cruzándose las piernas.

—Buenos día-a-a-s, —con aplomo y aspecto serio pronunció María, pero para mayor convicción agregó:— Bonjour.

El muchacho de pelos negros se dirigió al gordo que estaba acostado en el diván y lo empezó a empujar.

—¡Eh, Nikolay, maiyshka!

María no esperaba oír su nombre, se sorprendió, señalándose con su dedo a sí misma, un tanto tartamudeando, dijo:

—¡ Sí, es cierto! ¡Yo soy Mashka, soy María!...

El de gafas era yugoslavo, por una palabra dedujo que la muchacha era de la ex-URSS y por eso resolvió despertar a su compañero de Ucrania, que hacía dos meses había venido a Holanda. Le dijo en serbio: “Despiértate”, pero a María le pareció que el mencionó su nombre.

Nikolay se desperezó, abrió los ojos y de inmediato se largó a reír con sólo ver a la muchacha.

—Vino un clown de Ucrania,— explicó el que estaba sentado a la mesa.

Después de tranquilizarse un poco, Nikolay preguntó en ucraniano:

—¿Usted quién es?

Su voz era tan ronca que María al principio no oyó bien la pregunta.

—Yo soy María. Soy de San Petersburgo —ella de nuevo volvió a hablar, mostrando con la mano al muchacho de gafas, un tanto sorprendida: “¡El sabe quién soy yo!”

—Bueno, eres de San Petersburgo, ¿y qué?, ¿De parte de quién?

—De parte de nadie. Vine por mi misma. No piense que busco trabajo...

—¡Está bien, continúa, no estires!

—Y tú ¿me vas a escuchar? Dame tu palabra de que me escucharás.

—¡Vaya, que atrevida que eres! Mujer, ¿qué es lo que quieres?

—¿Y tú no entendiste? —reaccionó el tercero, por lo visto era también de Ucrania. Acababa de despertarse y ahora procuraba entender, qué podría haber en común entre su compatriota y esa mujer... —No ves que está dopada o quizás habrá aspirado polvo de hongos venenosos.

De pronto Nikolay se acordó de las reglas de la economía de mercado, cayó en la cuenta de que la mujer tal vez ni era ucraniana, y agregó:

—¿Y qué me darás a cambio?

—Primero escúchame, después resolveremos. Pero, qué te cuesta, solamente escúchame.

—¡Qué terca eres! ¡Bueno dale! Pero ten en cuenta, después... vas a trabajar una semana para mí. ¿Estás de acuerdo?

—¡Sin problemas! Pero, ¿por qué sólo una semana? Se puede acordar para mucho más tiempo.

Después de haber acomodado con las dos manos su rubia cabellera, María se puso a pensar en lo monótono que era este mundo, no obstante, con todo su aspecto trató de demostrar que realmente no tenía que acostumbrarse a nada de lo que requería de ella Nikolay.

Al cabo de dos días los competidores ilegales de los faroles rojos fueron descubiertos. A las mujeres las

llevaron al hospital, a la barcaza la sacaron de allí a remolque, a sus dueños los arrestaron: tanto a los nominales, como a los verdaderos. Los guardianes abrieron fuego contra la policía, usando armas neumáticas de fabricación china, pero al final la policía los mató. A los dos choferes del microbús y a tres policías relacionados con los bandidos, los encontraron rápido y metieron en la prisión. Dos de las muchachas que habían viajado junto con María en el tren, aceptaron ser testigas. A la tercera los guardianes ya antes la llevaron vaya saber adónde.

María Nelídova, como la primera denunciante de los delitos, debía seguir un programa de defensa de testigos. A ella le otorgaron un permiso de residencia y le propusieron ocultarse. Pero María rechazó, habiendo resuelto que ella no era una boba y que sabría ocultarse muy bien. ¿Cuál sería el mejor lugar para que nadie se diera cuenta? Precisamente lo de Nikolay... en el palacio de los faroles rojos. ¡Un lugar excelente! Cómo si nada hubiese cambiado. Sólo más confortable, además, pagaban dinero.

Los juicios continuaron más de un año. A las dos testigas que protegían las autoridades, les fue mal. Una de ellas desapareció. Por más que los representantes de los organismos defensores de los derechos la buscaran, todo fue en vano. A la otra los bandidos la encontraron e intentaron de matarla. Pero ella sobrevivió, sus piernas y brazos por mucho tiempo recordarían los golpes recibidos con un caño metálico arrumbrado.

Todo el tiempo María continuaba trabajando en la especialidad, adquirida en la Europa civilizada. Ella pagaba el alquiler de su ventana por tres meses adelantados, arrendó una vivienda, registró su matrimonio con un joven pintor local, quien vendía sus cuadros con motivos de Amsterdam en las proximidades del Museo de Van Gogh. Después todo se enredó, como en un

calidoscopio: recibió la ciudadanía holandesa, tuvo un hijo varón, después se divorció, y cómo madre sola, logró conseguir todas las asistencias sociales correspondientes en esos casos, además luego recibió gratis un excelente apartamento en las cercanías de Amsterdam. Lo obtuvo, como se supone, incluso por indicación de la misma Reina Beatriz.